

LIBROS

Delibes: «Dejar o ser dejado»

Miguel Delibes ha pasado unas horas en Madrid. Delibes acaba de cumplir los cincuenta años y cuenta ya con una larga obra novelística. Desde "La sombra del ciprés es alargada" hasta "Parábola del ndufrago" se extiende una numerosa colección de títulos, la mayor parte traducidos a varios idiomas. Trabajando en su provincia —es un enamorado de la naturaleza y se aferra a esta vida— ha conseguido universalizar una producción no sujeta a los vaivenes de la moda, porque Delibes nunca ha sucumbido a las tentaciones de lo novísimo. Seguiremos ahora su carrera.

DELIBES.—Para mí el contacto con la naturaleza es una verdadera necesidad. En los últimos tiempos mucha gente trata de descubrirla acercándose a ella por medio del nuevo sistema de urbanizaciones fuera de las ciudades, pero es una ilusión vana porque no cambian su vida, continúan con sus whiskys, sus enredos sociales...

—¿Por qué empezaste a escribir?

—Primero intenté dibujar. Hacía caricaturas, ilustraba. Fue así como entré en «El Norte de Castilla» hace treinta años. Pero llegó a producirme una verdadera desazón el comprobar que lo que yo quería expresar no podía realizarlo con el lápiz. Era un inhábil absoluto en este terreno. La vocación de escritor me surgió, asómbreme, leyendo el curso de Derecho Mercantil de Garrigues. Al segundo repaso me percaté de las muchas cosas que sugiere su prosa utilizando muy pocas palabras, me fijé en los muchos elementos metafóricos de que se sirve y en su admirable estilo. Así comencé a interesarme por la expresión verbal: estudiando literariamente un libro de Derecho. Hice mis primeros pasos de

escritor en «El Norte» por puro azar. Habían expulsado de la Redacción a dos compañeros, creo que por masones —y por cierto, uno de ellos era muy devoto—. El director me sugirió que cubriera aquel vacío que dejaban. A los tres meses ya figuraba como redactor de plantilla. Hice crítica de cine, de libros, de teatro... Redacté comentarios, necrologías, entrevistas, reportajes... Me resultó una labor muy conveniente y útil para adquirir la soltura indispensable a la hora de enfrentarme con una novela.

—¿Cómo te planteaste tu salto hasta la literatura?

—«La sombra del ciprés es alargada» partió de una idea obsesiva que yo tenía desde la infancia: el problema de «dejar o ser dejado». Aún hoy no lo he resuelto, sino que lo vivo como una fatalidad. Pero afrontarlo novelísticamente supuso entonces para mí un importante desahogo. Lo que pasa es que ahora el tal problema lo mantengo dentro de unos límites controlados y racionales. Aquella novela ganaría el cuarto premio Nadal. Tenía veinticinco años cuando la escribí. Hoy, al releerla, le pondría muchos reparos, sobre todo por lo que se refiere a la segunda parte.

—Tu primer gran éxito literario lo constituyó, sin duda, "El camino".

—Yo lo creo también así. Pero fíjate qué fenómeno más curioso. Entre mil novecientos cincuenta, fecha de su aparición, hasta mil novecientos sesenta y seis se venden de esta novela veinte mil ejemplares...

—No está mal.

—Sí, pero de mil novecientos sesenta y seis hasta este año se han vendido nada menos que sesenta mil. ¿Por qué se descubrirá a veces un libro quince años después de publicado?

—Y en ocasiones con más de cien años de retraso.

—Esta es la novela mía más traducida. Por cierto que yo mismo ilustré la edición americana y con los diez «monos» que les entregué gané más dinero que con todos los dibujos que había hecho en mi vida. «El camino» ha sido vertido a siete idiomas.

—Sin embargo, no fue la más difundida.

—No. Con «La hoja roja» sucedió algo parecido, pero en

mayores proporciones. Siempre llevó una vida librera lánguida. De pronto la presenta la colección RTV y de los ejemplares vendidos hasta entonces, ocho mil, pasó al medio millón en menos de un año. Además pude llegar con ella a zonas sociales sólo aparentemente despreocupadas por la literatura, como lo prueban las múltiples cartas que he recibido o la conferencia que di hace dos meses en León, a la que acudieron obreros vestidos todavía con su ropa de trabajo. Aquello me conmovió. Uno de los obreros, además, tomaba notas de lo que yo decía. Ello me reafirmó en mi idea de que el pueblo está desasistido y de que si se realizara sólo un mínimo esfuerzo se interesaría mucho más por las cosas de la cultura, que ahora son patrimonio de cuatro. Claro que, de entrada, costará sangre sa-

vando a cabo a propósito de su conservación?

—Me gusta la pasión y la entrega que pone en su trabajo Rodríguez de la Fuente. Compartimos el mismo amor.

—¿Qué pretendes al escribir?

—Expresarme. Trato de decir con la pluma lo que no pude con el lápiz. Me ha llevado a escribir un estado perpetuo de insatisfacción.

—Me planteo cada obra con dos preocupaciones: una, ética, y otra, estética. Mi ética nada tiene que ver con la «moralina» que utilizan otros. En resumen: aspiro a cambiar la mentalidad de un sector de público muy extenso sin renunciar a la nobleza literaria.

—Eres poco aficionado al experimentalismo, pero, ¿lo has intentado alguna vez?

—En «Cinco horas con Mario» pretendía pintar un tipo



Delibes, con Josep Plá.

car a la gente del melodrama, pero con un poco de trabajo estoy seguro de que llegaría a la literatura más noble.

—¿Cómo es "Mi mundo y el mundo", el libro que acabas de publicar?

—Es una obra para leer en las escuelas. Está constituida por extractos de mis novelas y libros de viajes —concretamente de siete novelas y cuatro libros de viajes—, con un prólogo mío y una entradilla para cada libro. Se ha hecho una tirada larga y no se vende muy caro para que pueda alcanzar un público muy amplio.

—Tú cazas, pescas y eres un amante de los animales y de la naturaleza. ¿Qué te parece la labor que ahora se está lle-

puro dentro de su mediocridad. En una primera tentativa lo presenté vivo, pero mi falta de habilidad pude comprobarla cuando este personaje hablaba. No era el que yo había imaginado. Cuando ya tenía más de cien cuartillas hechas me di cuenta de que iba por un camino equivocado, y que la pureza de este ser tendría que trascender por reflejo. Entonces lo enterré. La novela no fue bien entendida por todos. Hubo un crítico que escribió que yo había trazado los perfiles de «la mujer cristiana española». Si la mujer, aquí, es así, Dios nos coja confesados.

—¿Y "Parábola del ndufrago"?

—Busqué elementos nuevos

para dar con la forma más adecuada de transcribir una pesadilla y no por mimetismo. Quise quebrar la lógica para reflejar la pesadilla. Cambié una convención por otra para entrar en un mundo absurdo. Modifiqué la puntuación, me serví del abuso de la onomatopeya, utilicé la reiteración del sujeto en casi todas las frases. Cambié de planos por medio de asociaciones de ideas, y me inspiré en las pesadillas reales que yo mismo soporto a menudo. Hice una especie de reconstrucción manejando todos estos materiales.

—¿Cómo ves la realidad española?

—Quisiera que se transformara en un plazo inmediato. Hemos perdido muchos años, pero con un poco de buena voluntad podríamos hacer grandes cosas. Por ejemplo, quisiera pensar que la Ley de Educación terminase por dar al país una verdadera igualdad de oportunidades, y que el caduco clasismo o el dinero no fuesen un obstáculo. Sin embargo, me asusta pensar que en este primer año hay todavía en Valladolid millares de niños sin escuela y que los colegios han subido sus tarifas hasta en un cuarenta por ciento. Realmente no es un comienzo muy alentador. Si siquiera hubiese institutos suficientes...

—¿Te sientes bien en la provincia?

—Naces provinciano, esto no es cuestión de gustos. La verdad es que la vida provinciana no me gusta nada. Mi ideal de vida: irme a residir al campo, pero con facilidades para el traslado a la ciudad, con objeto de ver una exposición, escuchar una conferencia, asistir a un concierto. La capital de provincia, por otro lado, no te condiciona. Si yo soy malo, Valladolid no es responsable.

—¿Con qué libros te formaste?

—Leí, como todos los niños, las novelas de James Oliver Curwood y Zane Grey. Y después, de todo: novela, ensayo... Yo, no estoy al día, porque uno, hoy, es incapaz de abarcar todo lo que se produce. Me siento desazonado. La literatura deja de ser un placer y te apremia por todas partes. Si en España se editan doce mil títulos al año, en lectura no se pueden superar los cien. Ahora te sientes aplastado.

Hace cien años escribir era un don de unos cuantos «elegidos». Hoy ha ascendido el nivel cultural. Abundan los libros sociológicos, biológicos, psicológicos; todos de interés, pero a ellos no podemos llegar.

—Ahora viene la tónica pregunta acerca del "boom" latinoamericano, Delibes.

—Tengo que decir que para mí hay cuatro escritores importantes: Carpentier, Vargas, Márquez y Rulfo, pero no puedo olvidarme de los magníficos cuentos de Cortázar. El libro que no tiene carga humana no me interesa. Ya sabes a qué libro me refiero.

—La otra tónica pregunta: lo "social".

—Los novelistas de esta escuela llenaron el vacío que dejaba la prensa entonces en materia de la denuncia de injusticias y situaciones reales. Ciertamente, prevaleció en ellos la preocupación por la ética sobre el cuidado de la estética. De todos modos, no se puede desligar su proceso, ni el mío ni el de nadie, de la circunstancia histórica en que ocurrieron.

—¿Los salvas, entonces?
—Los salvo, desde luego. ■
EDUARDO G. RICO.

Unamuno: Un joven dialéctico

Frente a la tónica imagen de un Unamuno irracionalista, agónico y desmesurado —ese gran don Miguel "doutorotesto", en perpetua y dispareja lucha contra sí mismo—, el crítico y profesor Manuel Pizán nos ofrece, en breve ensayo de reciente publicación (1), la imagen de un Unamuno juvenil, encuadrado serenamente en lo que podríamos denominar "hegelianismo de izquierdas". Esta visión no constituye una novedad absoluta en el tratamiento del personaje: hace pocos años, Pérez de la Dehesa publicó un interesante estudio sobre las vinculaciones y tendencias sociopolíticas del primer Unamuno (2), si bien es cierto que en dicho estudio las implicaciones meramente filosóficas no eran objeto de exclusiva dedicación. Para sustentar su tesis, Manuel Pizán parte, en primer lugar, de las propias afirma-

ciones de Unamuno: "Aprendi alemán en Hegel, en el estúpido Hegel, que ha sido uno de los pensadores que más honda huella han dejado en mí. Hoy mismo —confesaba don Miguel en una carta a Federico Urales— creo que el fondo de mi pensamiento es hegeliano". Este hegelianismo se muestra con especial relevancia en algunos sectores de la producción literaria y filosófica de Unamuno; sobre todo, en las "Tres novelas ejemplares" y en la aún inédita "Filosofía lógica". Según Manuel Pizán, Unamuno, "en toda su obra literaria, muestra una estructura en el desarrollo argumental, e incluso en éste mismo, típicamente hegeliana, y aun dialéctica poshegeliana en el sentido más radical del concepto". En cuanto a la forma unamuniana de razonamiento por oposición de contrarios —forma imposible para un aristotélico ortodoxo—, "no es sino transposición de las antítesis hegelianas". Más aún: el concepto de "agonía", tan entrañablemente inserto en el pensamiento de Unamuno, es, a juicio de Manuel Pizán, un simple trasunto terminológico del "mismismo devenir hegeliano".

Aunque en el ensayo que comentamos se alude a la influencia marxista en Unamuno —o, por decirlo de otro modo, a la cristalización práctica de un hegelianismo filtrado por los tónicos del materialismo dialéctico—, Manuel Pizán ha descuidado en cierta medida el estudio de tal influencia. Y esto es, a mi entender, un grave fallo. Porque para desvirtuar la imagen del Unamuno "desmelenado y espiritualista", nada habría sido mejor que ofrecernos la imagen carnal, actuante, física de un joven Unamuno políticamente comprometido. El simple "desvelamiento ideológico" del primer Unamuno no basta para contrapesar el recuerdo del "volarío y unambulesco" rector de Salamanca. ■ S. R. SANTERBAS.

(1) MANUEL PIZÁN: «El joven Unamuno (Influencia hegeliana y marxista)». Ed. Ayuso. Madrid, 1970.

(2) RAFAEL PÉREZ DE LA DEHESA: «Política y sociedad en el primer Unamuno». Editorial Ciencia Nueva. Colección «Los Complementarios», Madrid, 1966.

Carranque de Ríos, un hombre marginado

Nacido en un hogar bastante huero en lo que se refiere a tranquilidad financiera y sentimental, y aprendiz más tarde de ebanistería, Carranque de Ríos dio con su frágil humanidad en la cárcel, por primera vez, en 1917, tras haber fundado un grupo anarquista, «Spartacus», y haber asaltado las tiendas de comestibles de Embajadores. Tenía quince años. La experiencia carcelaria se repite cuatro años más tarde, esta vez por difusión de octavillas clandestinas. Los catorce años que le quedaban de vida no fueron dilapidados en absoluto. A los veinte publica su primer libro de poemas, *Nómada*, al que seguirán tres novelas, *Uno* (1934), *La vida difícil* (1935) y *Cinematógrafo* (1936). Su vida la constituyen una serie de jaloneos en las más heterogéneas instancias: «manager» de su hermano boxeador, modelo en la Escuela Superior de Bellas Artes, rastreador de suscripciones para una revista de modas, peón albañil... poeta de desperdigados casinos y actor. En 1928 trabaja en «Zalacain el aventurero», junto a Pío Baroja, que en la cinta encarna a un teniente carlista. De su amistad con don Pío surgirá el prólogo de éste para la novela *Los días duros*, titulada más tarde *Uno*. Y Carranque viaja a París, hace amistad con los surrealistas franceses, publica cuentos, crónicas, reportajes y críticas

cinematográficas, conoce a Alvarez del Vayo, interviene en el Congreso Internacional para la Defensa de la Cultura, celebrado en París en 1935, y un año más tarde, a los treinta y cuatro de edad, muere de cáncer de estómago. Había sido un hombre verdaderamente consciente de su tránsito y un escritor profesional. Puede decirse que debió ser un individuo enorme.

Marginado de los manuales al uso e impúblicables sus novelas, Carranque de Ríos era un nombre prácticamente desconocido. Recientemente se ha publicado una recopilación de sus narraciones (1), entre las que cabe distinguir la primera y más extensa: «De la vida del señor etcétera», así como «Gente joven» y «Un astrónomo». Su estilo es sumamente llano y eficaz. Rápidamente trazados los caracteres, la anécdota fluye según una prosa llana, de acuerdo con una estructura lineal y sin complicaciones, directamente expresiva. Y hasta tal punto es así, que cuando Carranque da con un hallazgo expresivo o descriptivo, lo repite en otra narración. Incluso cuando redondea un cuento perfecto (como en el caso de «Un astrónomo»), lo repite —siete años más tarde, con el título «En la cárcel»— con escasísimas diferencias, prácticamente con la única distinción de algún modo verbal y la introducción de puntos y aparte. Para el escritor únicamente tenía valor el significado, el fondo. La forma, el significado, carecían de otros valores, como no fueran los inmediata-

mente testimoniales. Y aquí radica precisamente el valor histórico y sociológico de la obra de Carranque. Sin el dato que aporta, la historia de la literatura española, a partir de sus textos, hubiera quedado mermada. ■ E. CH.

(1) CARRANQUE DE RÍOS: «De la vida del señor etcétera y otras historias». Editorial Helios. «Hechos y palabras». 1970.

MÚSICA

¿Arte femenino?

Podría suponerse que la música sea un arte exclusivamente para mujeres, o bien de las mujeres para los hombres. Al menos esta es la errónea aunque lógica conclusión a que podríamos llegar a la vista del actual programa de Bachillerato. Ya en cursos anteriores habíamos examinado los textos de las chicas, que dentro de la asignatura Formación del Hogar incluyen nociones de sofofe, familias de instrumentos, Historia de la Música, etcétera, por lo que podríamos pensar que la formación musical en la Enseñanza Media es un hecho. Sin embargo, el hecho queda en buena medida invadido, como ocurre con otras materias, por reducción del programa en la práctica a unas simples lecciones memorísticas que sin la audición y sin la ejecución instrumental, a discreción, si se quiere, valen para muy poco. Pero la falta de unión de la teoría con la práctica material, activa, en nuestra educación es un problema metodológico de tal envergadura que no vamos a tratarlo ahora. Lo que no esperábamos es que, tras las últimas reformas educativas, se mantuviera en el presente curso la doble discriminación masculino-femenina, que por una parte deja ayunos de la más ligera formación musical sistémica a los chicos, y por



Carranque
de Ríos.